



COMILLAS
UNIVERSIDAD PONTIFICIA

ICAI

ICADE

CIHS

FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y
SOCIALES

**ESENCIALISMO, DOMINANCIA SOCIAL E
IDEOLOGÍA EN LA JUSTIFICACIÓN DE LA
DESIGUALDAD**

Autor/a: Martínez-Almeida García, Irene

Director/a: Delfino López, Gisela Isabel

Madrid
2025/2026

Resumen

Este trabajo analiza los mecanismos psicológicos e ideológicos que sostiene la desigualdad social a partir de la Teoría de la Dominancia Social (TDS) de Sidanius y Pratto (1999), con especial atención a tres constructos complementarios: el esencialismo psicológico, el autoritarismo de derechas (RWA) y la Teoría de la Justificación del Sistema (TJS). La TDS propone que las sociedades se organizan en jerarquías grupales estables sostenidas por mitos legitimadores que naturalizan la desigualdad. El esencialismo actúa como precursor cognitivo de estas ideologías al atribuir las diferencias sociales a causas innatas e inmutables, siendo el esencialismo de género uno de los mecanismos de legitimación más extendidos y resistentes al cambio. La Orientación a la Dominancia Social (ODS) predice el sexismo hostil, la misoginia y el nacionalismo, mientras que el RWA predice el sexismo benevolente y la adhesión a normas de género tradicionales. Ambas ideologías operan mediante mecanismo distintos, aunque complementarios, tal y como explica el Modelo Motivacional de Duckitt (2001). La TJS revela que incluso los grupos subordinados tienden a percibir el sistema que los perjudica como justo y necesario, un fenómeno que investigaciones recientes atribuyen a dinámicas de identidad social más que a una motivación sistemática autónoma. En conjunto, estos mecanismos explican por qué la desigualdad no requiere de la voluntad activa de los poderosos para perpetuarse, ya que está sostenida por procesos psicológicos que operan de forma cotidiana e inconsciente en toda la sociedad.

Palabras clave: Teoría de la Dominancia Social, esencialismo, autoritarismo de derechas, justificación del sistema, sexismo ambivalente, mitos legitimadores, desigualdad.

Abstract

This paper analyzes the psychological and ideological mechanisms that sustain social inequality based on Social Dominance Theory (SDT) by Sidanius and Pratto (1999), with a specific focus on three complementary constructs: psychological essentialism, Right-Wing Authoritarianism (RWA), and System Justification Theory (SJT). SDT proposes that societies are organized into stable group hierarchies maintained by legitimizing myths that naturalize inequality. Essentialism serves as a cognitive precursor to these ideologies by attributing social differences to innate and immutable causes, with gender essentialism

among the most widespread and change-resistant legitimizing mechanisms. Social Dominance Orientation (SDO) predicts hostile sexism, misogyny, and nationalism, whereas RWA predicts benevolent sexism and adherence to traditional gender norms. Both ideologies operate through distinct yet complementary mechanisms, as explained by Duckitt's (2001) Dual-Process Motivational Model. SJT reveals that even subordinate groups tend to perceive the system that disadvantages them as fair and necessary, a phenomenon that recent research attributes to social identity dynamics rather than an autonomous system-justification motivation. Altogether, these mechanisms explain why inequality does not require the active will of the powerful to perpetuate itself, as it is sustained by psychological processes that operate daily and unconsciously throughout society.

Keywords: Social Dominance Theory, essentialism, right-wing authoritarianism, system justification, ambivalent sexism, legitimizing myths, inequality.

Índice

1. Introducción	4
2. Teoría de la Dominancia Social	6
1.1 Orientación a la Dominancia Social (ODS)	6
1.2 Mitos Legitimadores	7
1.3 Dinámicas sociales	8
1.3.1 La invarianza de género	9
1.3.2 La asimetría conductual	10
3. El Esencialismo	11
3.1 Esencialismo, Esencialismo de género y nacionalista	11
3.2 Right-Wing Authoritarianism (RWA)	13
3.3 ¿Es el esencialismo el precursor de la ODS y el RWA?	14
3.4 ODS como promotor del sexismo hostil, misoginia, la masculinidad hegemónica y el nacionalismo	15
4. La justificación del sistema	17
4.1. La justificación del sistema	17
4.2. La perspectiva de grupos discriminados	18
5. Conclusiones	21
6. Bibliografía	25

Introducción

El clima social actual está caracterizado por una fragmentación social y un agotamiento político que desafían los ideales de progreso y avance universales. Según el informe Ipsos (2025), el 56% de los ciudadanos de 31 países perciben su sociedad fracturada y el 57% declaran que su país está en declive. Aunque se asuma que las sociedades caminan hacia la equidad, lo que predomina es un sentimiento de pesimismo y deterioro que responde a la persistencia de prejuicios, es decir, “una actitud aversiva u hostil hacia una persona que pertenece a un grupo, simplemente porque pertenece a ese grupo” (Allport, 1954, p. 7). Esta disposición es “activamente resistente a toda evidencia que intentaría derribarlo” (p. 9) y, cuando se arraiga en la vida de una persona, se convierte en un rasgo de personalidad que “crece como una unidad” (p. 73).

Una de las manifestaciones más tangibles que se encuentran de jerarquía social es la asimetría que existe entre la distribución de recursos. Según el World Inequality Report 2026, el 10% más rico de la población posee cerca de tres cuartas partes de la riqueza total, mientras que la mitad más pobre apenas retiene el 2% (Chancel et al., 2026, p. 7). Esta disparidad se reduce en sistemas que fomentan condiciones de vida precarias. Según el informe de la UNESCO (2024), en 2022, 2.200 millones de personas todavía no tenían acceso a agua potable gestionada de forma segura.

Allport (1954) hablaba del “principio del menor esfuerzo”, un proceso cognitivo en el que se tiende a atribuir los mismos rasgos a todos los miembros de un grupo para evitar “el dolor de tratarlos como individuos” (p. 173). Esta simplificación cognitiva permite que el estatus inferior sea visto como una “inferioridad social” natural, facilitando así que los grupos dominantes exploten a las minorías para obtener ganancias económicas, políticas y de estatus (Allport, 1954, pp. 136 y 234).

La jerarquía de género ha supuesto una estructura de dominación histórica en la que las mujeres son vistas como una especie inferior. Aunque se hayan conseguido derechos económicos y oportunidades educacionales, los indicadores del “World Inequality Report 2026” muestran que, incluyendo el trabajo no remunerado de ciudadanos, las mujeres apenas perciben el 32% de los ingresos de los hombres (Chancel et al., 2026, p. 13).

En los países modernos, esta subordinación se articula mediante un sexismo ambivalente. Como explican Glick y Fiske (1996), el sexismo no es solo hostilidad, sino que incluye

actitudes “benevolentes” que idealizan a la mujer en roles domésticos, pero con un tono afectivo positivo (p. 492). Este tipo de sexismo ofrece una “racionalización cómoda para confinar a las mujeres a roles domésticos”, lo que justifica el poder estructural masculino (Glick y Fiske, 1996, p. 492).

Incluso en marcos liberales, la autonomía individual masculina ha descansado sobre el “trabajo integrador de las esposas”, quienes han gestionado históricamente las tensiones producidas por sus maridos debido a la competitividad social individualista (Wharton, 1991, p. 179).

Esta asimetría comienza en la infancia, donde se observa que niños y niñas tienden a segregarse en grupos del mismo sexo. En estos entornos, el habla de los niños sirve para funciones egoístas y de dominio (mediante mandatos y amenazas), mientras que en las niñas busca funciones emocionalmente vinculantes (Maccoby, 1988, p. 758). Esta construcción se cristaliza en ideologías de dominancia. Borgogna et al. (2019) sugieren que hombres con ideologías de dominio más altas presentan más problemas funcionales relacionados con el consumo de pornografía, que utilizan como medio vicario para ejercer poder sobre las mujeres (p. 701).

Ante este contexto de tensiones de género, se observa un declive demográfico global. Según los datos de GBD 2021 Fertility and Forecasting Collaborators (2024), la tasa de fertilidad mundial descendió de 4,84 en el año 1950 a 2,23 en el 2021, lo que sitúa ya a más de la mitad de todas las naciones por debajo del nivel de reemplazo generacional (p. 2057).

El nacionalismo ha sido utilizado sistemáticamente como un potente mito legitimador. Actualmente, el 44% de los ciudadanos cree que su país sería más fuerte si detuviera la inmigración (Ipsos, 2025). Esta posición suele esconder un sentimiento de autoprotección grupal que percibe lo ajeno como una amenaza para su propia posición (Allport, 1954, p. 26). Pratto et al. (1994) también sostienen que las sociedades minimizan el conflicto grupal, creando consenso en torno a ideologías que promueven la superioridad de unos grupos sobre otros, que terminan por presentarse ante la población como verdades evidentes (p. 741). El nacionalismo es, en esencia, un mito jerárquico-favorecedor que legitima la discriminación bajo la apariencia de patriotismo o de defensa nacional (Pratto et al., 1994, p. 742).

Para entender por qué estos fenómenos están sistematizados en nuestra sociedad, se utiliza la Teoría de la Dominancia Social (TDS), que propone que los sistemas sociales se organizan como jerarquías en las que los grupos dominantes gozan de un valor social positivo desproporcionado, y cuya estabilidad y coherencia se garantizan mediante mitos legitimadores (creencias compartidas que justifican las prácticas de dominio) (Prati et al., 2022, p. 154).

Un elemento clave es la Orientación a la Dominancia Social (ODS), definida como la medida en que una persona desea que su endogrupo domine a los exogrupos (Pratto et al., 1994, p. 742). Prati et al. (2022) consideran la ODS como el motor ideológico central que condiciona la participación política y demuestran que creencias sobre la justificación del sistema, la falta de corrupción o la autoeficacia política funcionan como mitos que motivan, especialmente a los grupos de alto estatus, a participar en política para mantener el orden jerárquico existente (p. 169). El resto de este trabajo se dedica a analizar cómo estos factores psicológicos perpetúan la desigualdad global.

Teoría de la Dominancia Social

La Teoría de la Dominancia Social (TDS) no se limita a preguntar por qué las personas tienen prejuicios o discriminan, sino que también plantea una cuestión mucho más profunda: por qué las sociedades humanas tienden a organizarse inevitablemente en jerarquías basadas en grupos. Para entender este fenómeno, es necesario adoptar una perspectiva estratificada y alejarse de reduccionismos. La TDS plantea que la desigualdad y la opresión no son accidentes del sistema, sino el resultado de interacciones complejas entre predisposiciones psicológicas, identidades sociales, instituciones e ideologías políticas y constructos sociales que sostienen nuestras culturas (Sidanius et al., 2004).

Orientación a la Dominancia Social

El núcleo de esta teoría está en lo que se llama la Orientación a la Dominancia social (ODS), definida como una variable diferencial individual que refleja “la medida en que uno desea que su endogrupo domine y sea superior a los exogrupos” (Pratto et al., 1994, p.742). Las personas que presentan altos niveles de ODS tienden a favorecer políticas e ideologías que refuerzan la jerarquía, mientras que quienes presentan bajos niveles de ODS prefieren aquellas que la atenúan (Pratto et al., 1994).

Sin embargo, es crucial no concebir a la ODS como un rasgo de personalidad estático e inmutable. La TDS es una teoría muy sensible al contexto y el deseo de dominancia interactúa dinámicamente con la estructura social y la amenaza percibida en cada momento. Investigaciones recientes sugieren que la ODS está compuesta por dos dimensiones distintas con motivaciones psicológicas diferentes: la Dominancia Basada en el Grupo (GBD) y la Oposición a la Igualdad (OEQ) (Kugler et al., 2010). Mientras que la GBD refleja una hostilidad hacia los exogrupos y una creencia de que el mundo es un lugar competitivo, la OEQ funciona como un constructo de justificación del sistema y se relaciona con la falta de compasión hacia los desfavorecidos y la resistencia a cambiar el statu quo (Kugler et al., 2010, p.121). Distinción respaldada por la investigación de Hindriks et al. (2014), quienes demostraron que ambas dimensiones se relacionan de manera distinta con prejuicios y mitos legitimadores en la sociedad (p.546).

Observando cómo esta oposición a la igualdad se vincula con una menor sensibilidad hacia los demás, resulta interesante considerar el papel de los factores interpersonales que fundamentan estas orientaciones. Juberg y Beloborodova (2025) señalan que la empatía actúa como un nexo entre la autocompasión y la ODS. Es decir, la preferencia por la igualdad social está profundamente relacionada con rasgos intra e interpersonales. Una mayor compasión hacia uno mismo se traduce, a través de la empatía, en un rechazo de las visiones jerárquicas del mundo. Sugieren que una menor empatía y autocompasión facilitan directamente la adopción de visiones jerárquicas y de desigualdades en la sociedad (Juberg y Beloborodova, 2025).

Mitos Legitimadores

Para que las jerarquías sociales funcionen sin recurrir a la violencia constante, las sociedades minimizan el conflicto grupal “creando consenso sobre ideologías que promueven la superioridad de unos sobre otros” (Pratto et al., 1994, p. 741). Estas ideologías son las que denominamos *mitos legitimadores*, que actúan como expectativas socialmente conocidas sobre cómo deben comportarse las personas y proporcionan coherencia y estabilidad a la estructura social al justificar la distribución de valor social (Sidanius et al., 2004). La naturaleza de estos mitos es profundamente determinante porque, como argumenta Zaidi (2008), “saca las cosas de su contexto histórico inmediato para postular un pasado, una memoria y un orden de las cosas”. A través de este proceso, la historia “se transforma en Naturaleza”, convirtiéndose en una base de ideas que da

lugar a “representaciones universales y eternas” de la humanidad, lo que hace que la desigualdad parezca inevitable (p. 115).

Para entender cómo opera la TDS a nivel macro, resulta esencial clasificar estos mitos en dos fuerzas de tensión constantes, cuyo equilibrio depende del grado de desigualdad de una sociedad. Por un lado, están los mitos que favorecen a la jerarquía (HE), como el racismo, el sexismo o la meritocracia, que actúan como herramientas que legitiman la discriminación. De esta manera, los individuos con alta ODS tienden a apoyarse en estos discursos para mantener la opresión sobre exogrupos (Hindriks et al., 2014; Pratto et al., 1994). Por otro lado, también se encuentran mitos atenuadores de la jerarquía (HA), compuestos por ideologías como los derechos humanos universales, el socialismo o el feminismo, que promueven una mayor igualdad social y tienden a ser favorecidos por personas con bajos niveles de ODS. La eficacia de estos mitos favorecedores se dispara cuando la estructura de poder se percibe en peligro.

Como demostraron Quist y Resendez (2002), ante la percepción de amenaza por parte de grupos subordinados, ya sea de forma económica, política o simbólica, los individuos con alta ODS aumentan sus “creencias estereotípicas y actitudes prejuiciosas” para poder “legitimar la jerarquía” (pp. 290-291). Ante esta dinámica, es necesario señalar que pertenecer a un grupo discriminado no garantiza el rechazo de todas las formas de opresión ni asegura la solidaridad y la empatía automática entre colectivos subordinados diversos. La evidencia sugiere que este consenso ideológico no es absoluto ni lineal, ya que, como reflejan Pehrson et al. (2017). “el hecho de que un grupo pueda ser relativamente propenso a respaldar un tipo de jerarquía, pero rechazar otro desafía aún más la noción de diferencias grupales en el apoyo a la jerarquía en general”. Esta asimetría demuestra que “los límites de la hipótesis de generalidad de la TDS a nivel grupal también tienen implicaciones para los esfuerzos por comprender la intersección de diferentes líneas de categorización en las experiencias de opresión basada en el grupo y la resistencia a la misma” (p. 41). Todo esto explica por qué la resistencia conjunta frente a la desigualdad no es un fenómeno garantizado, ya que los individuos pueden desear atenuar una jerarquía mientras, de forma paralela, contribuyen al mantenimiento de otra.

Dinámicas sociales

La persistencia de las jerarquías no depende únicamente de las creencias individuales, sino también de cómo estas interactúan con las instituciones, que tienen el poder de estructurar las sociedades y asignar recursos a gran escala. Como explican Sidanius et al.

(2004), las organizaciones buscan una congruencia entre su propósito principal, ya sea atenuar o favorecer la jerarquía, y las personas que las integran. Esta compatibilidad estructural se logra mediante un ciclo continuo en el que las personas tienden a autoseleccionarse para roles profesionales afines a sus propios niveles de Orientación a la Dominancia Social. Asimismo, las instituciones filtran y recompensan a los perfiles que mejor encajan con su ideología o función jerárquica, lo que provoca, de manera natural, un abandono de aquellos sujetos con valores distintos (Sidanius et al., 2004).

A través de este proceso de selección y retroalimentación, el sistema garantiza que las instituciones cuenten siempre con el personal adecuado para reproducir la desigualdad de manera estable, cerrando así un círculo que perpetúa el orden establecido. Para asimilar cómo operan estas complejas dinámicas de mantenimiento del orden establecido en la realidad social, resulta esencial examinar dos fenómenos interconectados con la TDS que sostienen y articulan esta estructura.

La invarianza de género

Dentro de estas dinámicas institucionales y sociales, el género desempeña un papel fundamental. La teoría de la Dominancia Social plantea la hipótesis de la invarianza, que postula que, manteniéndose todo lo demás igual, los hombres tendrán, de manera probabilística, una ODS mayor que las mujeres (Sidanius y Pratto, 1999). Como explican Glick y Fiske (1996), “el sesgo hacia el patriarcado se debe probablemente a varios factores relacionados con la biología de la reproducción sexual: el dimorfismo sexual”, “la tendencia de los hombres a tener una orientación a la dominancia social más fuerte que las mujeres” y “las divisiones de roles basadas en el género en las que las mujeres realizan la mayor parte de las tareas domésticas” (p. 492).

Sin embargo, la evidencia sugiere que esta asimetría no es un destino inmutable. Batalha et al. (2011) demostraron que “la relación del género con la ODS es altamente transitoria en lugar de invariante”. Sus hallazgos indican que “los hombres y las mujeres difieren en ODS cuando las ideologías en las que están inmersos sancionan valores que promueven la jerarquía grupal”, pero que “una sociedad que está relativamente permeada por una ideología de paridad de género tiene el poder de reducir los niveles de ODS de las personas y de hacer que los géneros converjan” (pp. 799-805), evidenciando así que esta brecha está profundamente mediada por el contexto sociocultural.

Aun así, cuando el avance igualitario amenaza los privilegios masculinos tradicionales, surge una fuerte resistencia. Renström (2024) señala que el enfoque en el aumento de los

derechos de las mujeres ha provocado una reacción violenta en la que “algunos hombres sienten que se han quedado atrás y han perdido el estatus que antes se les otorgaba en virtud de su sexo”. Esto se manifiesta en el derecho agraviado, “un sentido de derecho de género frustrado por fuerzas sociales, políticas o económicas, como la liberación de las mujeres y el progreso feminista”. Este fenómeno nutre movimientos radicales en la red como la cultura *incel*, que “se caracteriza por las ideas del derecho de los hombres a las mujeres y al sexo” (pp. 250-252). Parte de esta hostilidad se ancla en creencias profundamente interiorizadas y en que, como explica De Miguel (2015), existe “uno de esos mitos patriarcales que se van transmitiendo de generación en generación: los hombres tienen un miedo ancestral a las mujeres” (p. 271). Esta narrativa “nos presenta simbólicamente el mundo al revés”, de modo que “el miedo de los hombres a las mujeres se convierte en un elemento legitimador de la dominación y la violencia contra las mujeres” (pp. 276-280).

La asimetría conductual

Por último, resulta imprescindible comprender la asimetría conductual para entender cómo funciona la jerarquía desde la perspectiva de quienes se encuentran en la base. La Teoría de la Dominancia Social mantiene que la opresión basada en el grupo no solo se sostiene por el mayor poder y la discriminación ejercida por aquellos grupos dominantes, sino que también es, en parte, “el resultado de los comportamientos complementarios y cooperativos de los grupos subordinados” (Sidanius et al., 2004, p. 867). Esta dinámica garantiza que la desigualdad se mantenga estable y profundamente arraigada gracias a la colaboración intergrupala que, a menudo, resulta inconsciente.

Esta asimetría es fundamental para explicar también por qué la identificación con el propio grupo no siempre conduce al favoritismo hacia él. Mientras que desde otras perspectivas psicológicas se asume de manera general que todo individuo se identifica positivamente con su comunidad para proteger su autoestima, la evidencia demuestra que la relación entre la Orientación a la Dominancia Social y la identificación endogrupal es asimétrica.

Para los miembros de grupos dominantes, poseer altos niveles de ODS se correlaciona positivamente con una alta identificación con su grupo. Sin embargo, para los miembros de grupos subordinados, poseer una alta ODS, lo que implica apoyar el sistema jerárquico que los sitúa en la base de este, se correlaciona negativamente con la identificación con su propio colectivo. De esta manera, las personas subordinadas con alta ODS tienden a

desidentificarse de sus iguales e incluso a mostrar favoritismo hacia el exogrupo dominante (Sidanius et al., 2004). Este mecanismo psicológico, articulado a través del concepto de asimetría ideológica, es una de las claves para explicar cómo los mitos legitimadores se internalizan, incluyendo a quienes más perjudican.

El Esencialismo

Esencialismo, esencialismo de género y nacionalista

El esencialismo se define como la intuición de que la pertenencia a una categoría depende de una esencia invisible e invariable, y no de un conjunto de rasgos observables. Miller y Landau (2025) lo definen como “Tendencia a concebir una entidad basándose en cualidades o características inherentes percibidas, a menudo pasando por alto la variación individual, el cambio y el contexto” (p. 2).

Esta tendencia cognitiva lleva a asumir que los miembros de una misma categoría comparten una naturaleza que determina sus características y permanece estable con independencia del entorno o experiencia, y aunque este fenómeno es especialmente pronunciado en la infancia, la investigación de Siddiqui y Rutherford (2022) evidenció que el esencialismo no desaparece en la edad adulta, sino que permanece latente inhibido por el pensamiento reflexivo. En su investigación demostraron que las personas adultas sometidas a presión cognitiva esencializan la identidad nacional y el género en mayor medida que cuando tienen tiempo para deliberar, lo que sugiere que el pensamiento esencialista no es un sesgo que se supera con la edad, sino que funciona como una heurística por defecto, justificando el arraigo de estas creencias a nivel macrosocial, ya que son los momentos de mayor tensión social los que más proporcionan la activación de representaciones esencialistas sobre el exogrupo.

Miller y Landau (2025) también definen el esencialismo nacional como “una tendencia a concebir una nación basándose en características inherentes percibidas que pueden encontrarse en cada parte de esa nación, en cualquier momento de la historia, y que diferencian a esa nación de otras naciones” (p. 2), y propusieron que esta forma de representar mentalmente una nación se debe a un factor psicológico común que subyace al RWA, la ODS y el nacionalismo. Cuando las personas conciben su nación en estos términos esencialistas, perciben más amenazas intergrupales, se identifican más intensamente con ellas, y adoptan posiciones más tradicionales y conservadoras en cuanto

a política exterior, inmigración o religión. La nación, una vez esencializada, se convierte en algo que hay que proteger de peligros externos.

Para comprender como este estilo de pensamiento esencialista se traduce en actitudes sociopolíticas intergrupales, resulta imprescindible recurrir al Modelo Motivacional Dual de Ideología y Prejuicio (DPM) propuesto por Duckitt (2001). Según el DPM, la ODS y el RWA surgen de visiones del mundo fundamentalmente distintas que operan como esquemas cognitivos. Por un lado, la ODS emerge de personalidades que ven el mundo como una jungla competitiva, donde los grupos fuertes deben dominar a los débiles. Por otro lado, el RWA emerge en individuos que perciben el mundo como un lugar peligroso y amenazante para la seguridad colectiva y el orden normativo. Al creer en esencias puras y fijas, cualquier amenaza directa a la naturaleza del grupo desencadena de inmediato la respuesta autoritaria.

El género ha sido posiblemente, de todos los grupos estudiados, la categoría más esencializada a lo largo de la historia, lo que sugiere que funciona como uno de los atajos mentales más arraigados a la hora de percibir y clasificar a una persona y, por tanto, uno de los más difíciles de desafiar.

El esencialismo de género implica atribuir las diferencias entre hombres y mujeres a causas naturales, innatas e invariables. Aday et al. (2025) demostraron que estas creencias biologicistas sobre el género tienden a segregar las oportunidades de aprendizaje y desarrollo profesional según estas mismas categorías, perpetuando las diferencias que presuponen. Como señalan, “Estos hallazgos revelan también cómo quienes promueven explicaciones altamente esencialistas sobre las diferencias de intereses pueden contribuir a perpetuar la segregación de género” (p. 633). Maccoby (1988) anticipó este mecanismo al señalar que una vez formados, los estereotipos tienden a autoperpetuarse porque la propia estructura del entorno los confirma continuamente.

El esencialismo tiene una relación estrecha e íntegra con la jerarquía social, cuando se concibe que los grupos humanos poseen ciertas esencias distintas e inmutables, se naturaliza la idea de que esas diferencias justifican el tratamiento diferencial. Esta función legitimadora de la desigualdad conecta directamente con los legitimadores que Sidanius y Pratto (1999) identifican como el mecanismo central de TDS. Cuando el esencialismo actúa como mito legitimador, convierte diferencias histórica y socialmente construidas en diferencias naturales, haciendo que el orden social actual parezca no solo aceptable, sino necesario. Allport (1954) explica que “es más fácil vivir en una jerarquía definida donde las personas son tipos, y donde los grupos no están constantemente cambiando y

disolviéndose” (p. 406), lo que explica por qué el pensamiento esencialista y la preferencia por la jerarquía se refuerzan mutuamente.

Sidanius et al. (2004) también señalan que los estereotipos no cumplen solo una función cognitiva individual ni de validación grupal, sino que también sirven para sostener y reproducir jerarquías sociales enteras. En el caso específico del género, esto se traduce en que las diferencias percibidas entre hombres y mujeres, sobre todo en cuanto al poder, se presentan como consecuencias lógicas de naturalezas distintas y complementarias, en lugar de ser el resultado de procesos sociales e históricos circunstanciales. Ana de Miguel (2015) añade una dimensión histórica a este argumento al describir cómo el imaginario patriarcal ha construido sistemáticamente la figura de la mujer como un ser que, por su propia naturaleza, requiere control y vigilancia; señala que la especialización del género femenino ha proporcionado durante siglos la justificación ideológica de la dominación. Haciendo de este mecanismo lo que hace del esencialismo una herramienta intencional y eficaz al servicio de la jerarquía.

Este proceso de naturalización tiene, además, una dimensión complementaria respecto del dominio de género, que resulta especialmente eficaz como mecanismo de legitimación. Glick y Fiske (1996) señalaron que la división tradicional del trabajo entre sexos que se perciben como complementarios se presentan como propiedades naturales y no como construcciones culturales. Esta complementariedad esencializada no solo describe una diferencia, sino que la justifica, y la desigualdad que surge de estas naturalezas distintas parece no solo inevitable, sino también funcional. El esencialismo de género, en este sentido, no es un simple error cognitivo; es la base sobre la que se construye la aceptación de la disparidad.

Right-Wing Authoritarianism (RWA)

El autoritarismo de derechas (RWA) fue conceptualizado por Altemeyer y se define como: “la covariación de tres grupos actitudinales: sumisión autoritaria, agresión autoritaria y convencionalismo” (Altemeyer, 1990, p. 393).

La sumisión autoritaria implica una disposición a las autoridades percibidas como legítimas dentro del endogrupo. La agresión autoritaria se refiere a la tendencia a apoyar el uso de la autoridad para sancionar y controlar a quienes violan las normas grupales, y el convencionalismo supone la aceptación de las normas tradicionales respaldadas por esas mismas autoridades. Altemeyer distingue el RWA del conservadurismo político, mantiene que el conservadurismo es una disposición general a preservar el statu quo,

mientras que el RWA implica la combinación de estos tres elementos específicamente, que pueden coexistir con posicionamientos políticos variados. La diferencia real es que el RWA no describe la ideología del individuo, sino su relación con la autoridad y el orden.

Miller y Landau (2025) describen a las personas altas en RWA como especialmente vigilantes ante las amenazas sociales o cambios en las normas aceptadas, convencidas de que la seguridad del grupo requiere preservar el orden social y sancionar a quienes se desvían de él. Pratto et al. (1994) señalaron que el autoritarismo es un fenómeno intragrupal, centrado en la relación entre el individuo y su endogrupo, mientras que la ODS es intergrupala, lo que explica por qué ambas ideologías predicen conductas distintas a pesar de estar correlacionadas entre sí.

Górski et al. (2025) exponen esta distinción en el contexto del clasismo en Polonia, donde la ODS predecía una mayor distancia social hacia los pobres, mientras que el RWA frenaba este efecto, lo que confirma que, aunque ambas ideologías apuntan en la misma orientación política, operan mediante mecanismos psicológicos distintos. Abou-Ismaíl et al. (2025) confirmaron, en el contexto cultural del Líbano en situación de conflicto, que las personas altas en RWA, y motivadas por el respeto a las figuras y estructuras de autoridad, rechazan la violencia contra los líderes del exogrupo, mientras que las personas altas en ODS, motivadas por la dominación y superación del exogrupo, apoyan la violencia difusa contra sus miembros. La ideología no solo predice cuánta hostilidad se dirige a las personas del exogrupo, sino que también hacia qué parte de ese exogrupo.

¿Es el esencialismo el precursor de la ODS y del RWA?

Para entender el origen de la polarización política, es importante plantearse si el esencialismo precede o le sigue a ideologías como la ODS o el RWA. La respuesta más reciente apunta a que el esencialismo actúa como precursor cognitivo, una forma de representar el mundo social que crea las condiciones para que la ODS, el RWA y el nacionalismo se consoliden. Miller y Landau (2025) aportan evidencia de esta relación causal. En sus estudios experimentales, inducir un marco esencialista sobre la nación incrementaba el apoyo a la RAW y al nacionalismo, pero no llevaba a una mayor ODS. La diferencia es significativa, ya que cuando la nación se percibe como poseedora de una esencia que hay que proteger, se activan mecanismos de vigilancia ante amenazas intergrupales que alimentan el RWA, así como mecanismos de identificación nacional intensa, que alimentan el nacionalismo, pero no el deseo genérico de dominancia grupal

que caracteriza la ODS. Como señalan: “muchos desacuerdos entre liberales y conservadores pueden no derivar directamente de diferencias ideológicas políticas, sino de diferentes creencias sobre lo que la nación realmente es, lo cual causa entonces diferencias en las creencias” (p. 23).

Ching et al. (2020) también exploraron este nexo desde ángulos diferentes. En China, sus resultados mostraron que tanto el RWA como la ODS predecían el esencialismo de género, y que este mediaba la relación de ambas ideologías con el prejuicio hacia personas transgénero. El esencialismo de género actúa, desde esta perspectiva, como el puente cognitivo por el cual las orientaciones ideológicas abstractas se traducen en actitudes concretas hacia grupos específicos. Quien cree que el género tiene una base biológica inmutable tiene más fácil asumir que las personas que no encajan en las categorías establecidas representan una desviación insostenible del orden natural. Esta resistencia a la evidencia contraria, como señala Allport (1954) al hablar de categorizaciones rígidas, es una consecuencia directa del pensamiento esencialista.

La bidireccionalidad de esta relación tiene implicaciones que van más allá de lo meramente teórico. Si el esencialismo precede y propicia la ODS y el RWA, pero también es reforzado por ellas, se llega a un ciclo de retroalimentación donde que hace al sistema especialmente resistente a su cambio. Las ideologías de jerarquía consolidan las representaciones esencialistas que las justifican, y estas, a su vez, fortalecen las ideologías que las generaron. Para interrumpir este ciclo, no basta con cuestionar las ideologías, es necesario intervenir también sobre las representaciones cognitivas básicas que las sustentan, lo que apunta a la educación y a la exposición a explicaciones socioculturales frente a biologicistas de las diferencias entre grupos como herramientas transformadoras. Estas observaciones indican una relación bidireccional entre el esencialismo y las ideologías de jerarquía, en la que el esencialismo puede preceder y propiciar el desarrollo de la ODS y del RWA, pero también puede ser reforzado y amplificado por ellas una vez establecidas. El esencialismo, lejos de ser un fenómeno cognitivo sin implicaciones, prepara el terreno para que la desigualdad social sea percibida como inevitable y, en consecuencia, legítima.

ODS como promotor del sexismo hostil, misoginia, la masculinidad hegemónica y el nacionalismo

Si la ODS es la preferencia por jerarquías grupales, resulta lógico que se manifieste con especial intensidad en el dominio del género, uno de los sistemas jerárquicos más

antiguos, extendidos y legitimados culturalmente que existen. Glick y Fiske (1996) ya señalaron que el sesgo hacia el patriarcado tiene raíces que van más allá de la socialización e identificaron una mayor ODS en los hombres como uno de los factores explicativos. Definen el sexismo benevolente como “un conjunto de actitudes interrelacionadas hacia las mujeres que son sexistas en cuanto a que ven a las mujeres de forma estereotipada y en roles restringidos, pero que son subjetivamente positivas en su tono afectivo (para quien las percibe) y también tienden a provocar comportamientos típicamente categorizados como prosociales (por ejemplo, ayudar) o de búsqueda de intimidad (por ejemplo, la autorrevelación)” (p. 491). Mientras que definen el sexismo hostil como “una visión adversarial de las relaciones de género en la que se percibe que las mujeres buscan controlar a los hombres, ya sea a través de la sexualidad o de la ideología feminista” (Glick y Fiske, 2001, p. 109).

Sibley, Wilson y Duckitt (2007) demostraron que la ODS predecía el sexismo hostil pero no el benevolente, mientras que el RWA predecía el sexismo benevolente pero solo débilmente el sexismo hostil. Este patrón revela que el sexismo hostil se nutre de la misma orientación jerárquica que alimenta otras formas de prejuicio hacia exogrupos percibidos como una amenaza o una competencia. En cambio, el sexismo benevolente encaja con la lógica del RWA, donde las mujeres que aceptan roles tradicionales son protegidas y valoradas porque confirman y perpetúan el orden que el individuo autoritario quiere preservar. Sibley y Wilson (2004) añadieron que el sexismo no opera de forma uniforme hacia todas las mujeres, sino que existe un diferenciador según el subtipo femenino que se perciba, así, los hombres altos en sexismo hostil lo expresaban hacia mujeres que percibían como promiscuas o amenazantes, mientras que utilizaban el sexismo benevolente para aquellas percibidas como puras y congruentes con los roles tradicionales que se les asignan socialmente.

En su forma más extrema, el sexismo hostil se convierte en misoginia. Ana de Miguel (2015) analiza el imaginario patriarcal y cómo este ha construido el miedo a las mujeres como legitimador de la dominancia sobre ellas: “Lo que estamos sosteniendo a través de este recorrido es que el miedo a las mujeres aparece continuamente en el imaginario patriarcal y opera de la siguiente manera: como nos dan miedo, está legitimada la violencia contra ellas” (p. 286).

La ODS proporciona la base motivacional, el deseo de que el endogrupo masculino mantenga su posición dominante mientras que la misoginia proporciona el contenido ideológico que hace esa dominación aceptable, y sus consecuencias se hacen tangibles

con el estudio de Holland et al. (2017), donde demuestran que el 75% de las mujeres reportaron haber sido objeto de cosificación al menos una vez a la semana, mientras que el 88% reportaron haberla presenciado en el mismo periodo (p. 323). Chan y Poon (2024) revelaron que la consificación sexual sigue un ciclo en el que la victimización predice la perpetración, y que la ODS mediaba esta relación en los hombres, pero no en las mujeres, lo que implica que las jerarquías de género y las creencias sobre la movilidad social dentro de ellas regulan de forma distinta cómo la ODS se activa en mujeres y hombres.,

Esta misma lógica jerárquica se extiende más allá del género. La preferencia por jerarquías grupales que define la ODS también se aplica a las relaciones entre naciones, y quien desea que su grupo domine también apoyará la superioridad de su nación. Pratto et al. (1994) evidenciaron que la ODS se correlaciona con el nacionalismo, el chovinismo y el patriotismo. Long y Ye (2025) añaden un matiz desde el dominio electoral, donde el RWA modera la preferencia por candidatos percibidos como competentes y no como cálidos, pero la ODS no lo hace de manera significativa; proponen que, incluso cuando ambas ideologías coinciden en las mismas preferencias políticas, operan a través de mecanismos distintos.

La justificación del sistema

La Justificación del sistema

La teoría de la Justificación del Sistema (TJS) fue formulada por Jost y Banaji (1994) a partir de una observación paradójica: incluso los individuos que se encuentran en posiciones de desventaja dentro de la desigualdad tienden a percibir el sistema social, político y económico en el que viven como justo, legítimo y necesario. El estereotipo cumple un papel central en este proceso; estos autores argumentaron que los estereotipos sociales no cumplen solo una función cognitiva individual o de validación grupal, sino que sirven para sostener y reproducir jerarquías enteras. Estos estereotipos que describen a los grupos subordinados como naturalmente inferiores o merecedores de su posición en el sistema producen lo que los autores denominan falsa consciencia: una representación distorsionada de la realidad que funciona en beneficio de los grupos dominantes mientras es asumida, a su vez y en distintos grados, por los grupos dominados. Para que estos mecanismos e ideologías funcionen, deben ser ampliamente aceptados y presentados como verdades evidentes.

La falsa conciencia no es una forma de ingenuidad ni de falta de información. Es el resultado de un proceso activo de racionalización en el que las personas generan creencias sobre si mismas y sobre su posición en el mundo de manera que el sistema existente quede justificado, incluso cuando ese proceso opera en su propio perjuicio. Este mecanismo se potencia cuando actúa de forma inconsciente. Los estereotipos no necesitan ser deliberadamente aceptados para tener efecto. Basta con que actúen como marcos interpretativos para orientar la percepción de la realidad de modo que la jerarquía parezca natural. En el dominio de género, esto significa que tanto hombres como mujeres pueden reproducir estereotipos que justifican la desigualdad sin ser conscientes de hacerlo, y simplemente porque esos estereotipos son las representaciones culturalmente disponibles sobre cómo son y cómo deben ser los géneros. Y este proceso opera de forma consistente a escala global.

En su estudio a través en 42 países, Valdes et al. (2025) encontraron que el estatus socioeconómico objetivo más alto se asociaba con una mayor justificación del sistema, lo que contradice la predicción de la TJS, pero resulta coherente con la lógica de la TDS donde los más beneficiados del orden existente serán también los más interesados en percibirlo como legítimo y necesario. Además, tanto los participantes de izquierdas como los de derechas mostraban una mayor justificación del sistema cuando el partido de su preferencia estaba en el poder, lo que sugiere que la justificación del sistema también tiene un componente de identificación política subestimado.

La perspectiva de grupos subordinados

Que los grupos subordinados justifiquen el sistema que los perjudica es un fenómeno documentado, pero sus razones siguen siendo objeto de debate. Henry y Saul (2006), en su estudio con escolares bolivianos, encontraron este patrón entre niños indígenas de menor estatus, y reconocieron que los mecanismos psicológicos que lo explican no quedaban claros y abrían la puerta a algo que la TJS no contempla: que la justificación del sistema no tiene por qué responder a una motivación autónoma sino a procesos psicológicos más generales.

Aquí radica uno de los grandes debates de la psicología política, el choque entre la TJS y el Modelo de la Identidad Social de las Actitudes Sistémicas (SIMSA). Mientras que algunos autores defienden que existe un motivo sistémico específico e independiente para

justificar el *statu quo*, Rubin et al. (2023), a través del Modelo de Identidad Social de las Actitudes Sistémicas (SIMSA), argumentaron que los procesos de identidad social son suficientes para explicar por qué estos grupos subordinados justifican el sistema en determinados contextos, sin necesidad de recurrir a motivaciones exclusivas del sistema. Los grupos subordinados no justifican el orden porque estén psicológicamente predispuestos a aceptarlo, sino porque las mismas dinámicas de pertenencia e identidad grupal que operan en cualquier relación intergrupales pueden, en ciertas condiciones, conducir a esa justificación.

Una de estas dinámicas intergrupales claves es la esperanza de estatus futuro. Bajo ese prisma, las personas de clases bajas o de minorías justifican las reglas del sistema si perciben que este, aunque estable ahora, será permeable en el futuro. Owuamalam et al. (2021) demuestran cómo las mujeres justificaban más el sistema cuando percibían una esperanza de mejora futura para su grupo, lo que apunta a una lógica adaptativa y estratégica, no a una internalización acrítica del orden existente.

A su vez, De Cristofaro et al. (2025) añaden un matiz importante desde la identidad nacional, encontrando que esta predecía una mayor justificación del sistema y, a través de ella, menores intenciones de acción colectiva conjunta. Sin embargo, al controlar el narcisismo nacional, concluyen que “el aumento en la justificación del sistema y, por tanto, el mantenimiento de la desigualdad económica de género, es atribuible principalmente a una forma narcisista de identificación con la propia nación, en lugar de a una forma de identidad más segura” (p. 9). No es sentirse parte de una nación lo que inhibe la acción colectiva contra la desigualdad, sino idealizarla. La distinción importa ya que sugiere que la identificación nacional, cuando es segura y no narcisista, puede coexistir con una actitud crítica hacia la desigualdad y con la disposición a transformarla. Esta distinción entre identidad nacional segura y narcisismo nacional es importante para comprender la dificultad de generar acción colectiva contra la desigualdad en contextos de fuerte cohesión identitaria. Cuando la identidad grupal se construye sobre la glorificación del propio grupo y no sobre una pertenencia compartida, la percepción de desigualdad interna resulta amenazante para la identidad del individuo, lo que activa la motivación a justificar el sistema antes que a cuestionarlo. Esto implica que los esfuerzos por promover la acción colectiva en contextos de alta identificación grupal pueden ser más eficaces si se centran en reforzar formas de identidad seguras y no comparativas, en lugar de intentar reducir la identificación grupal en sí misma.

Dentro de la lógica de la justificación del sistema, el sexismo benevolente ocupa un lugar privilegiado como mito legitimador. Este sexismo presenta a las mujeres en términos subjetivamente positivos para el perceptor, lo que le otorga una eficacia legitimadora que el sexismo hostil, violento y explícito, no puede tener, ya que al presentarse como protección evita la resistencia que generaría una expresión abiertamente hostil. Ana de Miguel (2015) clarifica la dimensión histórica de este proceso al describir como el patriarcado legitima el control sobre las mujeres fingiendo temer aquello que justifica controlar, dice que “Todo grupo dirigente teme la rebelión de aquellos a los que previamente ha sometido, de los súbditos, de los subordinados. Y para justificar el aplastamiento de la rebelión les demoniza y finge temerles; igual hasta se lo cree” (p. 288).

Jost y Banaji (1994) señalaron que los estereotipos complementarios son específicamente eficaces como herramientas de justificación del sistema por que permiten a los grupos subordinados encontrar algo positivo en su posición. El estereotipo de la mujer cálida, cuidadora, pura, y moralmente superior compensa el de la mujer incompetente o dependiente, creando así una narrativa en la que la desigualdad de género aparece como consecuencia natural de diferencias complementarias y no como una injusticia que hay que reparar. Glick y Fiske (1996) también demostraron que cuando las mujeres endosan creencias sexistas, lo hacen principalmente como justificaciones del control estructural masculino ejercido sobre ellas y la sociedad, y no como expresiones de motivos ambivalentes.

El RWA opera como legitimador en la vida cotidiana de maneras que pasan desapercibidas debido a su normalización. La adherencia a normas de género tradicionales que caracterizan a las personas altas en RWA no se experimenta necesariamente como una ideología, sino como sentido común, y cualquier desviación de estos roles se percibe no solo como una transgresión social, sino también como una contradicción con el orden de las cosas. Esta percepción naturalizada es un acto de justificación del sistema, ya que convierte una distribución social de roles en una consecuencia inevitable de diferencias esenciales, creando un ciclo entre el esencialismo, el autoritarismo y la justificación del sistema.

La relación entre la ODS, el sexismo y la justificación de la violencia también ha sido documentada empíricamente con precisión. Kiral Ucar y Özdemir (2021) mostraron que la ODS predecía actitudes positivas hacia el maltrato conyugal a través del sexismo hostil y de las justificaciones de la violencia en una muestra de hombres turcos. Concluyendo

que “A medida que aumenta la ODS, es más probable que los hombres perciban que las mujeres ganan poder sobre ellos, lo que a su vez proporciona una justificación de que, en algunos casos, las mujeres merecen ser maltratadas físicamente” (p. 4).

Nicol y Tóth-Király (2025) extendieron este análisis a la aceptación de mitos de violación en muestras homosexuales y heterosexuales, encontrando que la ODS y el RWA predecían esta aceptación y que el sexismo hostil hacia las mujeres era el mediador más consistente. Que los patrones sean similares en muestras tanto homosexuales como heterosexuales sugiere que la aceptación de los mitos de violación no depende de la orientación sexual, sino de una posición ideológica respecto de la jerarquía de género. El sexismo hostil actúa como el elemento cognitivo que traduce las orientaciones ideológicas abstractas en actitudes que minimizan, niegan o justifican la violencia sexual. El RWA contribuye a este proceso legitimador por una vía distinta pero complementaria. Si la ODS genera hostilidad hacia quienes amenazan la jerarquía de género, el RWA genera adherencia a las normas de género tradicionales y disposición a sancionar a quienes las trasgreden. En este sentido, el RWA actúa como mito legitimador del sexismo benevolente, y la mujer que acepta el rol tradicional es la merecedora de protección, precisamente porque su conformidad mantiene el orden que el individuo autoritario quiere preservar. En conjunto, la ODS, el RWA y el sexismo ambivalente conforman un sistema integrado de legitimación de la desigualdad de género que opera tanto a nivel individual como ideológico y estructural. Como argumentó Sidanius (2004), las ideologías legitimadoras obtienen su fuerza al justificar las relaciones inequitativas no solo en la mente de los dominantes, sino, quizá más importante aún, en la mente de los propios subordinados.

Conclusiones

La Teoría de la Dominancia Social, cuyo desarrollo se atribuye principalmente a Sidanius y Pratto (1999), parte de la pregunta de por qué las sociedades humanas tienden a organizarse, de forma prácticamente universal, en jerarquías basadas en grupos. No como consecuencia de circunstancias excepcionales, sino como patrón estructural que se reproduce con independencia del contexto histórico, geográfico o cultural. La TDS propone que esta tendencia no es accidental ni meramente institucional, sino que está sostenida psicológicamente e ideológicamente y que opera a varios niveles simultáneamente,

tanto en las orientaciones individuales hacia la dominación, en los mitos legitimadores que justifican la desigualdad presentándola como natural o necesaria, y en las dinámicas institucionales que seleccionan y recompensan a quienes perpetúan el orden existente.

A lo largo de este trabajo, se ha analizado los factores que rodean y sostienen esta teoría. El esencialismo psicológico, como tendencia cognitiva a percibir las diferencias entre grupos como innatas e inmutables, actúa como precursor ideológico que naturaliza la jerarquía antes de que ninguna institución la formalice. La Orientación a la Dominancia Social determina en qué medida cada persona desea que su grupo ocupe una posición superior, y predice con consistencia actitudes que van desde el sexismo hostil hasta el nacionalismo. El autoritarismo de derechas añade una dimensión distinta pero complementaria, y propone no el deseo de dominar, sino la adhesión al orden, la desconfianza ante el cambio y la disposición a sanciones a quienes incumplen las normas del endogrupo. Y la Teoría de la Justificación del Sistema muestra el mecanismo más difícil de aceptar, la tendencia de los propios grupos subordinados a percibir como justo y necesario el orden que los perjudica.

En conjunto, estos mecanismos permiten comprender que la desigualdad no se sostiene exclusivamente por el ejercicio del poder dominante, sino que está arraigada en la arquitectura psicológica y cognitiva de los individuos. Y que el prejuicio, como señalaba Allport (1954), es activamente resistente a la evidencia que podría desmontarlo. Que los mitos legitimadores funcionan porque se presentan como verdades evidentes, no como construcciones ideológicas, y que, por ello, intervenir sobre la desigualdad requiere no solo cambiar normas o instituciones, sino entender los procesos psicológicos que hacen que esas normas e instituciones sean percibidas como legítimas incluso por quienes las padecen. La relevancia de estos mecanismos no es solo académica. La historia ofrece una demostración continua de que la combinación de esencialismo, ODS y RWA produce, en su versión más profunda, conflictos que van más allá del prejuicio cotidiano. Las jerarquías que en tiempos de paz se sostienen a través de mitos legitimadores sutiles, como el sexismo benevolente, la meritocracia, o el nacionalismo cultural, encuentran en los momentos de crisis su expresión más visible y agresiva.

La literatura revisada permite extrapolar estos mecanismos a contextos contemporáneos de conflicto geopolítico a gran escala, como las escaladas de tensión bélica documentadas internacionalmente en Oriente Medio durante 2025. Lejos de constituir un mero análisis de política internacional, la observación de estos eventos evidencia la urgencia y vigencia de la teoría sociopsicológica.

El presente trabajo ha expuesto cómo estos constructos no son abstracciones teóricas, sino la descripción de los mecanismos psicológicos e ideológicos que permiten que una mayoría de ciudadanos apoye o justifique, o simplemente acepte como inevitable, un conflicto armado entre naciones. La percepción de la nación como una entidad con una esencia que hay que proteger constituye el marco cognitivo que hace posible que la retórica de la amenaza existencial impregne poblaciones que, en circunstancias normales, no desearían la guerra. Cuando una nación se esencializa, cualquier amenaza externa deja de ser un problema político que resolver para convertirse en una amenaza existencial que hay que eliminar. La lógica del RWA proporciona el marco moral que convierte esa respuesta en algo que no solo parece justificable, sino también necesario para el mantenimiento de la cohesión grupal. Y la ODS garantiza que quienes más se benefician de la realidad actual sean también los más motivados a defender su perpetuación, incluso mediante la violencia.

Lo que la justificación del sistema añade a esta imagen es que, en un contexto de conflicto armado, la tendencia de los grupos subordinados a justificar el orden que los perjudica no desaparece, sino que se amplifica. La amenaza externa activa los mecanismos de cohesión interna y lo que, en tiempos de paz, era una dinámica psicológica silenciosa se convierte en una presión social explícita. Las personas que podrían cuestionar las jerarquías de su propio bando en tiempos de paz las defienden en tiempos de guerra. No porque hayan cambiado de opinión, sino porque el contexto de amenaza activa estos mecanismos descritos.

En este contexto, también existe otra realidad que ha sido constante lo largo de la historia, en las crónicas de guerras y en los testimonios de las sociedades que se han visto envueltas en conflictos: ante cualquier adversidad, incluso ante desastres naturales, las mujeres sufren un aumento de la violencia. Violencia ejercida no solo por parte de los opresores, sino también, en muchos casos, por miembros de su endogrupo. Esto no es una coincidencia ni un efecto secundario imprevisible; es la consecuencia lógica de los mecanismos descritos. Cuando la amenaza externa aumenta, las jerarquías se consolidan, y cuando las jerarquías se consolidan los grupos más vulnerables quedan aún más expuestos. La misoginia no desaparece en la guerra ni el conflicto suspende el sexismo hostil, encuentran en él su forma más aguda de expresión.

Se ha analizado la desigualdad y cómo no se sostiene por la maldad de unos pocos, sino por los mecanismos psicológicos e ideológicos de todos. La ODS, el RWA, el esencialismo y la justificación del sistema son tendencias documentadas en poblaciones

ordinarias, en contextos cotidianos, con efectos que van desde la distribución sesgada de oportunidades laborales, hasta la justificación de la violencia de género, pasando por la inhibición de cualquier acción colectiva contra la desigualdad. Son mecanismos que operan en el día a día con la misma lógica que, en su versión más extrema, actúan en los conflictos armados.

Entender cómo funcionan no garantiza que puedan desmantelarse fácilmente, pero es el primer paso imprescindible para cualquier intervención que aspire a ser eficaz. La psicología social no tiene respuestas sencillas para problemas que se han construido durante siglos. Pero sí que tiene la capacidad de nombrar con precisión los mecanismos que sostienen la desigualdad y de señalar, en consecuencia, dónde podría comenzar el cambio. Y en el contexto actual no podría ser más relevante.

Referencias

- Abou-Ismaïl, R., Cichocka, A., Phillips, J., & Sengupta, N. K. (2025). Authoritarianism and social dominance as differential predictors of individuals' support for collective violence. *Psychology of Violence, 15*(5), 634–644. <https://doi.org/10.1037/vio0000580>
- Aday, A., Engstrom, H. R., & Schmader, T. (2025). Gender essentialism leads to biased learning opportunities that shape women's career interests. *Psychological Science, 36*(8), 622–636. <https://doi.org/10.1177/09567976251353753>
- Allport, G. W. (1954). *The nature of prejudice*. Addison-Wesley.
- Altemeyer, B. (1990). Altemeyer replies. *Canadian Psychology/Psychologie canadienne, 31*(4), 393–396.
- Batalha, L., Reynolds, K. J., & Newbiggin, C. A. (2011). All else being equal: Are men always higher in social dominance orientation than women? *European Journal of Social Psychology, 41*, 796–806. <https://doi.org/10.1002/ejsp.829>
- Borgogna, N. C., McDermott, R. C., Browning, B. R., Beach, J. D., & Aita, S. L. (2019). How does traditional masculinity relate to men and women's problematic pornography viewing? *Sex Roles, 80*(11-12), 693–706. <https://doi.org/10.1007/s11199-018-0967-8>
- Chan, R. S. W., & Poon, K.-T. (2024). Gendered cycles of sexual objectification: The roles of social dominance orientation and perceived social mobility. *Archives of Sexual Behavior, 54*, 657–671. <https://doi.org/10.1007/s10508-024-03065-3>
- Chancel, L., Gómez-Carrera, R., Moshrif, R., & Piketty, T. (2026). *World Inequality Report 2026*. World Inequality Lab. <https://wir2026.wid.world>
- Ching, B. H.-H., Xu, J. T., Chen, T. T., & Kong, K. H. C. (2020). Gender essentialism, authoritarianism, social dominance orientation, and filial piety as predictors for transprejudice in Chinese people. *Sex Roles, 83*, 426–441. <https://doi.org/10.1007/s11199-020-01123-3>
- De Cristofaro, V., Cervone, C., Filippi, S., Valtorta, R. R., Marinucci, M., Scatolon, A., Vezzoli, M., & Pellegrini, V. (2025). National identity and economic inequality: New insights from disadvantaged and advantaged groups. *Journal of Community & Applied Social Psychology, 35*, e70068. <https://doi.org/10.1002/casp.70068>

- De Miguel, A. (2015). La deconstrucción de los mitos patriarcales: del miedo de los hombres a las mujeres (Cap. 9). En *Neoliberalismo sexual : el mito de la libre elección* (pp. 273–291). Ediciones Cátedra; Universitat de València.
https://dn721608.ca.archive.org/0/items/ana-de-miguel-neoliberalismo-sexual/Ana%20de%20Miguel-Neoliberalismo-Sexual_text.pdf
- GBD 2021 Fertility and Forecasting Collaborators. (2024). Global fertility in 204 countries and territories, 1950–2021, and forecasts to 2100: A comprehensive demographic analysis for the Global Burden of Disease Study 2021. *The Lancet*, 403(10440), 2057–2099. [https://doi.org/10.1016/S0140-6736\(24\)00550-6](https://doi.org/10.1016/S0140-6736(24)00550-6)
- Glick, P., & Fiske, S. T. (1996). The Ambivalent Sexism Inventory: Differentiating hostile and benevolent sexism. *Journal of Personality and Social Psychology*, 70(3), 491–512. <https://doi.org/10.1037/0022-3514.70.3.491>
- Glick, P., & Fiske, S. T. (2001). An ambivalent alliance: Hostile and benevolent sexism as complementary justifications for gender inequality. *American Psychologist*, 56(2), 109–118. <https://doi.org/10.1037/0003-066X.56.2.109>
- Górski, M. R., Górski, P., & Bilewicz, M. (2025). A dual-process perspective on classism: Right-wing authoritarianism buffers the relationship between social dominance orientation and classism in Poland. *Political Psychology*. <https://doi.org/10.1111/pops.70066>
- Henry, P. J., & Saul, A. (2006). The development of system justification in the developing world. *Social Justice Research*, 19(3), 365–376. <https://doi.org/10.1007/s11211-006-0012-x>
- Hindriks, P., Verkuyten, M., & Coenders, M. (2014). Dimensions of Social Dominance Orientation: The Roles of Legitimizing Myths and National Identification. *European Journal of Personality*, 28, 538–549. <https://doi.org/10.1002/per.1955>
- Holland, E., Koval, P., Stratemeyer, M., Thomson, F., & Haslam, N. (2017). Sexual objectification in women's daily lives: A smartphone ecological momentary assessment study. *British Journal of Social Psychology*, 56(2), 314–333. <https://doi.org/10.1111/bjso.12152>
- Ipsos. (2025). *Informe Ipsos Populismo 2025: Una encuesta de Ipsos Global Advisor en 31 países*. <https://www.ipsos.com>
- Jost, J. T., & Banaji, M. R. (1994). The role of stereotyping in system-justification and the production of false consciousness. *British Journal of Social Psychology*, 33, 1–27. <https://doi.org/10.1111/j.2044-8309.1994.tb01008.x>
- Juberg, M., & Beloborodova, P. (2025). Empathy as the Critical Link Between Self-Compassion and Social Dominance Orientation. *Mindfulness*. <https://doi.org/10.1007/s12671-025-02651-3>
- Kiral Ucar, G., & Özdemir, G. (2021). Social dominance, hostile sexism and justifications: Examining attitudes towards wife abuse among Turkish men. *Personality and Individual Differences*, 176, 110785. <https://doi.org/10.1016/j.paid.2021.110785>
- Kugler, M. B., Cooper, J., & Nosek, B. A. (2010). Group-Based Dominance and Opposition to Equality Correspond to Different Psychological Motives. *Social Justice Research*, 23, 117–155. <https://doi.org/10.1007/s11211-010-0112-5>
- Long, Z., & Ye, H. (2025). Who values competent minds and who likes warm hearts? The role of right-wing authoritarianism and social dominance orientation in shaping voter preferences for political candidates. *Political Psychology*. <https://doi.org/10.1111/bjso.70004>
- Maccoby, E. E. (1988). Gender as a social category. *Developmental Psychology*, 24(6), 755–765. <https://doi.org/10.1037/0012-1649.24.6.755>

- Miller, J. M., & Landau, M. J. (2025). The core of division: Examining how essentialist views of the U.S. underlie right-wing authoritarianism, social dominance orientation, and nationalism. *Analyses of Social Issues and Public Policy*, 25, e12439. <https://doi.org/10.1111/asap.12439>
- Nicol, A. A. M., & Tóth-Király, I. (2025). Relations between rape myths, ambivalent sexism, social dominance orientation, and right-wing authoritarianism across gay and straight women and men. *The Journal of Sex Research*, 62(9), 1876–1891. <https://doi.org/10.1080/00224499.2024.2371951>
- Owuamalam, C. K., Rubin, M., & Spears, R. (2021). Why do women support socio-economic systems that favour men more? A registered test of system justification- and social identity-inspired hope explanations. *European Journal of Social Psychology*, 51(7), 1073–1095. <https://doi.org/10.1002/ejsp.2754>
- Pehrson, S., Carvacho, H., & Sibley, C. G. (2017). Group differences in the legitimization of inequality: Questioning the role of social dominance orientation. *British Journal of Social Psychology*, 56, 28–46. <https://doi.org/10.1111/bjso.12167>
- Prati, F., Pratto, F., Zeineddine, F., Sweetman, J., Aiello, A., Petrović, N., & Rubini, M. (2022). From Social Dominance Orientation to political engagement: The role of group status and shared beliefs in politics across multiple contexts. *Political Psychology*, 43(1), 153–178. <https://doi.org/10.1111/pops.12745>
- Pratto, F., Sidanius, J., Stallworth, L. M., & Malle, B. F. (1994). Social Dominance Orientation: A personality variable predicting social and political attitudes. *Journal of Personality and Social Psychology*, 67(4), 741–763. <https://doi.org/10.1037/0022-3514.67.4.741>
- Quist, R. M., & Resendez, M. G. (2002). Social Dominance Threat: Examining Social Dominance Theory's Explanation of Prejudice as Legitimizing Myths. *Basic and Applied Social Psychology*, 24(4), 287–293. https://doi.org/10.1207/s15324834basps2404_4
- Renström, E. A. (2024). Exploring the role of entitlement, Social Dominance Orientation, Right-Wing authoritarianism, and the moderating role of being single on misogynistic attitudes. *Nordic Psychology*, 76(2), 250–266. <https://doi.org/10.1080/19012276.2023.2186816>
- Rubin, M., Owuamalam, C. K., Spears, R., & Caricati, L. (2023). Social identity explanations of system justification: Misconceptions, criticisms, and clarifications. *European Review of Social Psychology*, 34(2), 268–297. <https://doi.org/10.1080/10463283.2023.2184578>
- Sibley, C. G., & Wilson, M. S. (2004). Differentiating hostile and benevolent sexist attitudes toward positive and negative sexual female subtypes. *Sex Roles*, 51(11–12), 687–696. <https://doi.org/10.1007/s11199-004-0718-x>
- Sibley, C. G., Wilson, M. S., & Duckitt, J. (2007). Antecedents of men's hostile and benevolent sexism: The dual roles of social dominance orientation and right-wing authoritarianism. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 33(2), 160–172. <https://doi.org/10.1177/0146167206294745>
- Sidanius, J., & Pratto, F. (1999). *Social Dominance: An Intergroup Theory of Social Hierarchy and Oppression*. Cambridge University Press.
- Sidanius, J., Pratto, F., van Laar, C., & Levin, S. (2004). Social Dominance Theory: Its Agenda and Method. *Political Psychology*, 25(6), 845–880. <http://www.jstor.org/stable/3792281>

- Siddiqui, H., & Rutherford, M. D. (2022). "Go Faster!": Adults' essentialist representation of gender and national identity, but not race, is revealed by cognitive demand. *Journal of Cognition and Development*, 23(1), 20–39. <https://doi.org/10.1080/15248372.2021.1956932>
- UNESCO. (2024). *The United Nations World Water Development Report 2024: Water for prosperity and peace*. UNESCO World Water Assessment Programme. <https://unesdoc.unesco.org>
- Valdes, E. A., Liu, J. H., Williams, M., & Carr, S. C. (2025). A cross-cultural test of competing hypotheses about system justification using data from 42 nations. *Political Psychology*, 46, 822–846. <https://doi.org/10.1111/pops.13039>
- Wharton, A. S. (1991). Liberalism and gender equality: Problems of social integration. In P. Colomy (Ed.), *The Dynamics of Social Systems* (pp. 174–190). SAGE.
- Zaidi, A. S. (2008). Legitimizing Myth and the Search for Meaning. *Theory in Action*, 1(4), 114–122. <https://transformativestudies.org/wp-content/uploads/2008/10/103798tia1937-0237080211.pdf>